

Los Hombres y el Trabajo Doméstico

Francisco Cervantes/pacocerv@coriac.org.mx

Sin lugar a dudas la participación o no de los hombres en el trabajo doméstico habla de cómo pensamos, actuamos y por tanto nos posicionamos frente a las mujeres y el mundo femenino. Ser hombre de una manera tradicional y dicho en pocas palabras "es no ser mujer ni lo que ello implique". Me explico, no es grato para un varón común que se le compare con lo femenino o las mujeres, por que en la conciencia masculina ser, hacer o parecerse a las mujeres es lo peor que se les puede hacer o decir.

Cuando un hombre insulta a otro, lo menos que le dice además de las llamadas groserías y descalificaciones, es rajón, marica, mandilón, vieja y en el mismo saco de tarugo para arriba. Así que si quisiéramos leer la conciencia colectiva de los hombres, podemos decir que cuando decimos vieja, maricón, rajón, mandilón y demás insultos estamos asociando a lo femenino y lo que se parezca a ello a lo que más despreciamos y no deseamos ser en esta vida.

Y es esta inconciencia social masculina, la que aún hoy en día ratifica no solo la discriminación masculina hacia las mujeres, sino el desprecio a la mujer y lo que ellas hacen. Pareciera ser ésta una interpretación muy severa, pero no es más que una descripción y observación profunda de nuestro sentir

más hondo y por tanto de nuestras creencias masculinas más generalizadas, mismas que dictan los comportamientos de tales hombres que las poseen.

Afortunadamente no todos los hombres y espero que cada día menos, despreciamos, descalificamos y desvalorizamos a las mujeres y a lo que socialmente hacen, dicen y son. Sin embargo, quede como un indicador de nuestra conciencia profunda el darnos cuenta de nuestras creencias y acciones relacionadas con las mujeres y el mundo femenino. A mayor desprecio por lo que signifique,

hagan o valoren las mujeres por parte del hombre que así lo haga, mayor machismo o autoapreciación "negativa" de la masculinidad en la medida en que se les discrimina y toma como menos.

Y por tanto lo contrario sería igual de válido: a mayor valoración y respeto de cualquier hombre al mundo y quehaceres de las mujeres, mayor sensibilidad, respeto y conciencia de equidad profunda. Estos varones denotarían en pensamientos y actitudes que las mujeres y los hombres y todo lo que ello nos signifique y distinga son igualmente valiosos.

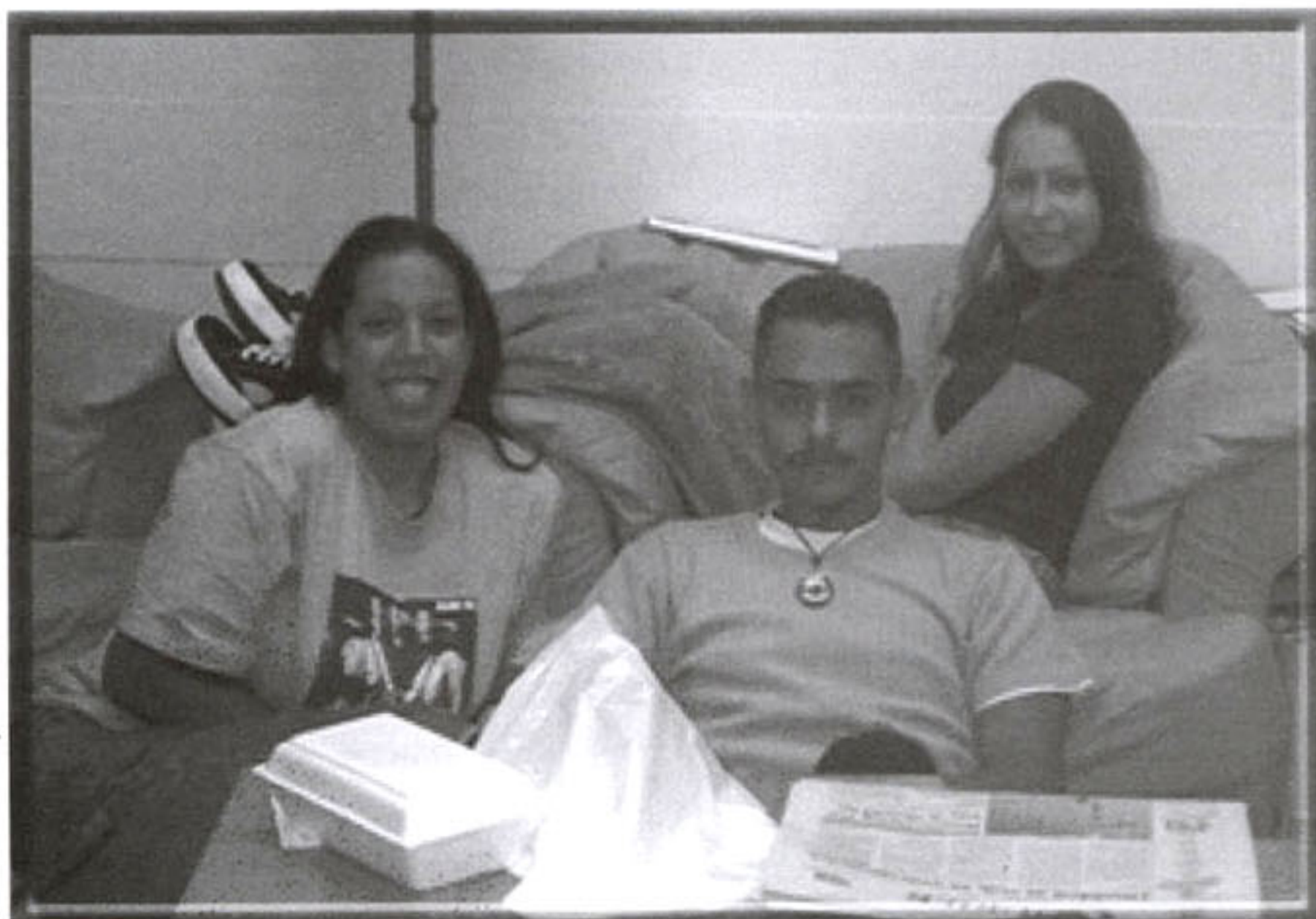
En este sentido el trabajo doméstico hecho o no por los hombres, refiere en el fondo sus valoraciones de lo que son las mujeres y la femineidad y las propias de ser hombres. Cuando un hombre valora a su pareja o bien reconoce que ambos usaron la cama, vajilla, ropa y casa en general, asume que ambos tendrían que recoger y limpiar el uso que le den. En los casos de convivencia familiar, de igual manera la educación y modelos de ser que los hombres dan a sus hijos e hijas colaborando o no en las labores domésticas, contribuyen, en tanto a ser referentes y modelos, a formar sus identidades o percepciones de lo que tiene que ser un hombre o una mujer.

El trabajo doméstico fomentado o no por padre y la madre en igual proporción o no



Foto Archivo fem

Foto Archivo fem



a hijas e hijos, revela un modelo educativo de género, sea solidario, corresponsable o igualitario o bien sexista, autoritario y machista, en el sentido de privilegiar a lo masculino mirándose como un ser servido por las mujeres. Este punto de vivirse y actuar como alguien que mira y trata a la pareja y/o mujeres de su alrededor como servidoras de él, refleja la manera profunda en que se mira y actúa como hombre. Digamos por tanto que nuestras prácticas, actitudes y comportamientos cotidianos y privados dan cuenta de cómo vemos el mundo desde nuestra masculinidad y valoramos o no lo femenino y a las mismas mujeres.

Por supuesto que este es un aprendizaje social e histórico, que lo hemos aprendido de nuestros abuelos, padres, comunidad, medios de comunicación y todo lo que nos hace ser hombres y mujeres, pero ello no justifica que habiendo recibido y visto predominantes modelos de ser hombres con mayores privilegios que las mujeres, nos "obligue a reproducir el modelo privado de que las mujeres deben" estar al servicio de los hombres y por tanto tender la cama, hacer de comer o lavar el escusado, etc. sea solo cosas de mujeres.

En lo profundo, nuestras actitudes cotidianas dan muestra del sistema de valoración y vínculos que tenemos hombres y mujeres pero que nadie tiene por qué reproducir dócil o ciegamente, si estos valores mantienen desigualdades claras y en el fondo muy opresivas hacia las mujeres que decimos querer y tener con ellas vínculos y relaciones de afecto o sangre.

Por otro lado, la cooperación y corresponsabilidad masculina es un asunto de congruencia básica. Si en lo público hablamos de democracia y

justicia social, hacer la cama, lavar trastes, trapear, son entonces actitudes consecuentes, lógicas, justas y necesarias para construir la sociedad que tanto pregonamos querer. Además de una buena educación igualitaria para nuestras hijas e hijos.

Si a los hombres nos avergüenza el trabajo doméstico o peor aún lo despreciamos y lo rehuimos, valdrá la pena revisar por dónde están nuestras identidades masculinas. Las actitudes solidarias, equitativas en las relaciones con la pareja no sólo sostienen e incrementan las relaciones de pareja (ser parejas) sino que es causal de desaliento y desamor el que una mujer viva y se viva con sobrecargas de trabajo o falta de participación equitativa del compañero.

Las relaciones más satisfactorias tienen de fondo un respeto profundo al otro ser humano y todo lo que ello implique, además de sostener la convivencia con actitudes equilibradas, equitativas y justas. En el fondo ellas nos discuten nuestra falta de equidad y corresponsabilidad en todos los órdenes. ¿Por qué no ganarnos más su afecto y amor haciendo la parte de quehacer que nos corresponda e incluso dando muestras afectivas con el plumero y el trapeador?

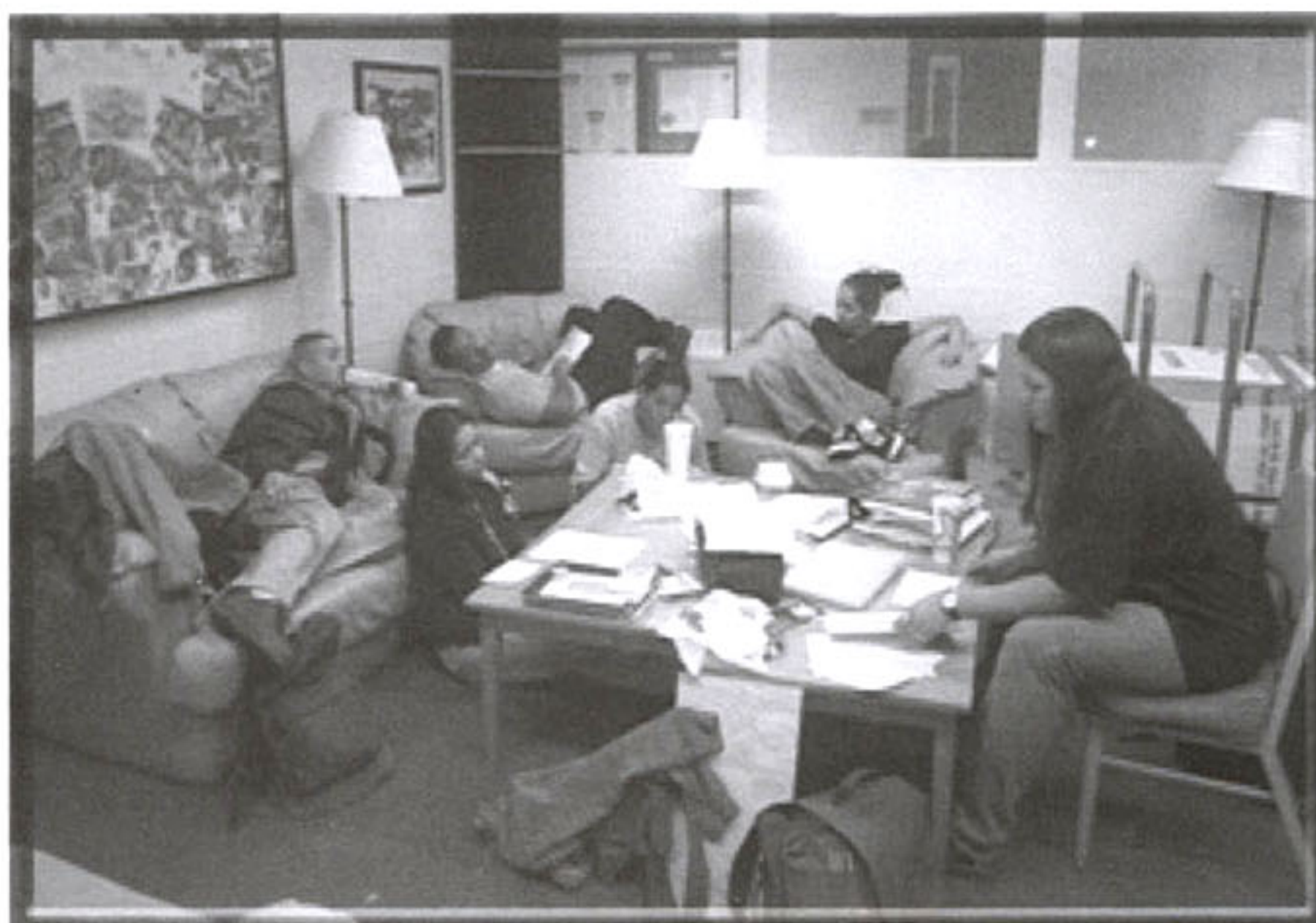


Foto Archivo fem